

GUSTAVO MEZA MEDINA, “GUSTAVO DE VICTORIA”

Profesor universitario, músico y amante de la literatura, la historia, la sociología y la filosofía. Formó parte del taller literario de Manuel Orozco González, de quien aprendió a escribir con machete. Cuando murió “el Escribidor”, ingresó a La Cofradía y sigue ahí. Ha participado en certámenes literarios y ha publicado tres libros: *Ab música sacra*, sobre educación artística; *Azúcar derretida*, sobre el amor de sus padres Lolo y Tola y los dulces artesanales, y *Las espinas de Vasconcelos*, sobre los avatares del ilustre educador mexicano.

De templos, hombres y diosas

I

Los secretos vagan en silencio
para no caer en tentación
de buscar la verdad
y dar su vida
por ella.

II

El templo ha sido desmembrado
sus restos, piedras de museo
se exhiben en vitrinas como fetos.
¡Qué soledad la del silencio!
Permanece así por siempre
testigo mudo del final prometido:
“No quedará piedra sobre piedra”.

III

La Diosa caminó en el horizonte
los mortales se paralizaron por el imán de sus caderas:
carne, fuego y magia.
Los súbditos respiraban con esfuerzo hasta quedarse como es-
tatuas.
Después... sólo puños de sal.
Ni siquiera cenizas.

IV

La guerra había terminado.
Los enemigos tiraron sus armas y se dieron un abrazo.
Luego las fundieron para construir un monumento a la unidad.
La paloma que hicieron de hierro y bronce fue el símbolo de
la paz.
Un día voló y se perdió en el cielo.

Ellos se miraron confundidos;
después, voltearon a ver las nuevas armas que habían construido
y reanudaron la guerra.

V

“Y sin embargo se mueve”.

Dijo un cierto Galileo al salir de la taberna en la que estuvo
encerrado tres días. Después, lo crucificaron por andar en la
movida.

VI

Después de muchos años se volvieron a mirar
como aquel día cuando decidieron entregarse todo.
Aunque su mundo era muy diferente, la luz que encontraron
en sus ojos era la misma.
Entonces, comprendieron lo que significaba ser felices para
siempre.

VII

Me asomé a la ventana
de tu almohada
para acariciar tus sueños
y tu cuello.
Decirte al oído en tus recuerdos
que no sufras más.
Duerme tranquila
y no despiertes
¡nunca!

VIII

Me sorprendió escuchar tu voz
indicándome el camino
y respondiendo todas mis preguntas.
Siempre supe que existías.

Hasta hoy me di cuenta
que estabas al alcance de mi mano.
¡Gracias, Google!

IX

Entonces, se escaparon las palabras sin sentido, buscando
veredas de esperanza en lo prohibido.
Ya no estabas ahí como al principio y lloré.
¡Maldita soledad la del destierro!
Sin paraíso
sin mi costilla
sin ti.

X

El agua se suelta el pelo en las cascadas y desnuda su cuerpo
entre las piedras.
Mira al sol y le sonrío
como al amante
que se espera en cada amanecer
humedecida y fresca
para sentirse libre.

Calavera a la Catrina

Me encontré a la flaca muerte
más flaca y descolorida
y al verla tan afligida
le pregunté seriamente.

¿Qué le pasa a mi Catrina?
¡Tan sola y triste en la calle!
La abracé fuerte del talle
y entramos a una cantina.

A las penas muerte dimos
cantamos buenas canciones
y a salud de las pasiones
como cofrades bebimos.

Me contó su historia entera
consolándose en mi pecho
traía el corazón deshecho
como si muerte no fuera.

De repente soltó el llanto
como toda una mujer
y yo pensé sin querer:
¡La muerte tiene su encanto!

¡La vida no vale nada!
Le dije a mi triste amiga,
tú deja que el mundo siga
y mándalo a la chingada.

¡Al diablo con los pesares!
Ni que fueras cualquier cosa.
Posada te hizo famosa
y traes muertos a millares.

La Catrina me miró
con un gesto muy humano
y tomándome la mano
tiernamente me besó.

*

No recuerdo nada más
sólo que me vi en la calle
abrazándola del talle...
y no regresé jamás.

Noticias de Rolando

Por siempre cofrade
(paráfrasis de su libro preferido: *Noticias del Imperio*,
de Fernando del Paso).

*Si pregunta un colibrí por mi paso
dile que me fui
a fundar la soledad
y a sembrar canciones
para el pan de los hombres nuevos.*
Manuel Orozco González, "El Escribidor"

Hoy ha venido el mensajero a traerme noticias del Imperio. Vino cargado con nostalgia y sueños, en su carabela ardiente, con las velas al viento, por la bocanada de los tiempos, preñados de recuerdos. Me trajo arena de tu viaje a Europa, los vinos de nostalgia, la soledad de los museos, la antorcha, el hermano amigo y el amor despierto. El mensajero llegó al atardecer cardenche, con aroma añejo, de palabras áureas, derramando historia y el cantar bohemio. Nos llegó hasta aquí el olor de las maderas, contigo dormido, en el mar sin sueños, en la almohada fría del silencio.

En las playas del alma y las musas que abrazan y te embriagan, llega el mensajero con tus cartas, de tu mundo nuevo y una tierra fértil de palabras, sembrada con tu voz repleta de esperanza.

Nos han llegado tus noticias. Del gis en la piel blanca y piedras en la garganta, del cabello en polvo, de tu cara. Esos niños que recuerdan en sus ojos la enseñanza, que quitó cadenas y liberó la carga de su espalda. Contigo van Cervantes, Paz, Neruda; Del Paso, Fuentes, Borges; Kundera, Dante y los cofrades.

El mensajero se va, cargando nuestra ofrenda. Volverá con el invierno con noticias de tu imperio eterno y de tu grito de ocaso y noche blanca. Los amigos recuerdan y te cantan paráliticos de amor y de añoranza.

La espera

Mientras espero al terminar el día, cuando todo está cumplido y la gente pasa ya sin esperanzas, me propuse encontrar mi camino. Comencé por buscarlo en tu mirada, en las huellas de tus manos y tu pelo que me llama. Seguí tu vientre como mar abierto y me perdí en las olas de tu cuerpo. Me abracé con gozo a mi destino acurrucado en tus ojos y tu boca, con el calor de verte cerca. Una oleada de soles me cubrió completo y vi que mis manos corrían desbocadas a tocarte. Pero fue una ilusión.

Como un ciego te seguí buscando en las huellas perfumadas de tus labios. Imaginé que era el viento que jugaba con tu falda y sabe más de ti que mis caricias. Así, me dejé llevar unos instantes para estar contigo. Fuera de este mundo paso el tiempo sin tocarnos, unidos, amándonos así, por siempre.

Por lo menos hasta que pase el último autobús que me lleve a casa.

La deuda

Quise escribir los versos más bellos este día para la mujer que amo... pero se me adelantaron Neruda, Bécquer, Benedetti y Nervo; los cofrades bohemios, los poetas, los amantes y los niños. Lo intenté varias veces y, a pesar de mis esfuerzos, las horas cansadas de luchar pasaron desahuciadas por mis sueños convertidos en ceniza. No llegó la poesía.

En su lugar, desfilaron en muletas palabrejas de metáforas trilladas, con lugares comunes y el murmullo ripioso de mis notas que se cuelgan de este pentagrama triste. Me sentí un naufrago sin gracia del espectáculo estrellado de una noche que ha perdido la batalla. Desesperado como quien desea escapar del último de los infiernos les grité a los dioses y las musas. El eco del silencio respondió con olas en mi caracol partido y mi súplica no fue escuchada. Nadie vino en mi auxilio.

¡Sólo quería llegar a ti! Cual un poeta, sin saber cómo, ni cuándo, sin pretexto; sólo para entregarme así, con las palabras que sueñas y que esperas desde siempre, postrado y derretido ante tus plantas. Quería con un verso poder acariciarte lento en busca de la ruta de la plata entre tus senos y quedarme dormido en la playa de tu cuerpo, con tus soles en mis labios y las notas musicales de mis dedos.

Quería aprender a seguir el rastro por tu espalda; recorrer tus montes y cañadas, dejarme atrapar por la selva posesiva de tu aliento y quedarme en ti con medio beso, provocarte una sonrisa y vivir en un instante eterno. Quería, tal vez, que me escucharas, como a una melodía que recorre como brisa tu frente y esa línea que me llama desde el cuello a más abajo de la espalda. Sólo eso anhelaba, sólo eso.

Intenté ser mariposa entre tus labios revoloteando en la cascada de tu pelo para cobijarme en ella y esperar la tarde cuando canta el colibrí en busca de una flor y descansar en ella. Quise crearte un mundo para ti, mi poesía; un jardín entre tus manos con tu aroma, con todas las flores que dibujan tu alma.

Pero ¡todo fue en vano!, y aquí estoy consolando a mi esperanza, que desfallece en un cesto repleto de papeles con borrones y letras marchitas que deshojan mi esperanza.

¡No logré hacerlo y lo lamento! En cambio, ha salido esto: pobre texto sin forma, lloriqueo de autorreproches lastimeros, sin belleza, valor, ni inteligencia; no hay imagen de poema que se salve para correr y acariciarte ni de lejos. ¡Ni hablar!, no

habrá poesía, mi pluma es torpe y las metáforas se alejan sin dejarme nada, sólo este hombre que te adora sin palabras que expresen con belleza lo que siente.

*

¡Ya ves, mujer! No sirvo para escribir cartas bonitas. Mejor te compro el auto nuevo para tu cumpleaños, ahí te debo el poema que me pediste.

